

# La secta azafrán

por Bernardo Rienaldi

—Maestro, estos días he estado pensando sobre el mundo interior y el mundo exterior.

El maestro miró a su discípulo. Parecía tan inocente e inexperto que daba un poco de miedo oírle decir “que había estado pensando”... Casi empezó a arrepentirse de haberle pedido que lo acompañara a Sevilla en las compras de última hora para la comuna.

—Ciertamente —le contestó él, ahuecando un poco la voz—, es un tema profundo y digno de ser meditado con calma, quizás en otro momento menos ajetreado...

Se habían parado en un semáforo y, con las bolsas de las diversas compras, las cabezas rapadas y las túnicas color azafrán con cingulo negro que estaban obligados a vestir, parecían seres de otro planeta, que hubieran venido a las rebajas.

—Sí pero, ahora que estamos solos, maestro, me siento con más libertad para exponerle mis teorías. —El maestro lo miró abriendo tanto los ojos, que tuvo que añadir—: Por supuesto, sometiéndolas debidamente a su aprobación...

—Cuéntame pues, hijo, qué cosas se te han metido en la cabeza —consintió resignado.

—Verá, maestro —el joven se cambió de mano una bolsa bastante pesada—. Resulta que conocemos el mundo exterior mediante nuestros sentidos pero lo interpretamos por nuestro mundo interior, nuestras experiencias, conocimien-

tos, creencias... Dos personas pueden mirar el mismo objeto o la misma realidad y ver cosas diferentes. Inquietante, ¿verdad?

El maestro guardó silencio un instante, como buscando las palabras. Habían cruzado el paso de peatones y enfilaban ya la avenida en dirección a la estación de autobuses. La comuna ocupaba un antiguo cortijo a pocos kilómetros de Sevilla, por lo que los miembros de la secta solían tomar una línea de autobús metropolitano que pasaba por la misma puerta y paraba allí si alguien lo solicitaba.

—Hijo mío, el mundo exterior es complicado —dijo al fin—. Para eso creamos un mundo interior, para bregar con él.

Llegaron a la estación de Plaza de Armas y, en el andén, el discípulo hizo una reverencia para que el maestro subiera primero. Ante la mirada curiosa del resto de pasajeros pagaron sus billetes y se sentaron en la parte de atrás. El autobús inició su marcha saliendo de Sevilla por una de las carreteras autonómicas. Los campos de maíz, los postes eléctricos y las ventas pasaban a toda velocidad por la ventanilla. El joven discípulo se esmeraba en amenizar el viaje con el desarrollo del núcleo central de sus teorías.

—... sí, pero lo que más me inquieta es: ¿cuándo se forma nuestro mundo interior? ¿Nacemos con él? ¿Va madurando con nosotros?... —pero de pronto, vio que el maestro parecía contrariado y creyó que era por algo que él había dicho—. ¿Le parece incorrecto mi planteamiento, maestro?

—No, hijo, no —respondió el maestro mirando por la ventanilla—. Lo único incorrecto es que con la charla, nos hemos pasado nuestra parada... ¡Tendremos que esperar un par de horas más para llegar de nuestro mundo exterior a nuestro mundo interior!

—¡Estupendo! Así podrá contarle también mi teoría sobre el más allá...

<<< . >>>